



PEDRO GARGANTILLA
ENFERMEDADES
QUE CAMBIARON
LA
HISTORIA

Desde las Termópilas hasta la Segunda Guerra Mundial, pasando por la conquista de América, la batalla de Waterloo y la Guerra de Sucesión española, las enfermedades han jugado un papel crucial en el transcurso de la Historia.

¿Es cierto que de no haber sido por un embarazo fantasma Inglaterra y España podrían haber sido un único imperio? ¿De qué murió Alejandro Magno? ¿Cómo modificó el mapa de Europa la depresión de Carlos V? ¿Qué impidió a Tamerlán conquistar China? ¿Qué papel jugó la neumonía en el desembarco de los Aliados en Sicilia durante la Segunda Guerra Mundial? ¿Qué condición genética acabó con la dinastía de los Austrias? ¿Por qué la gripe de 1918 recibió el nombre de «gripe española»? ¿Fue tan mortífera como se dice la peste del siglo XIV? ¿Qué enfermedad ayudó a David a vencer al gigante Goliat?

Índice de contenido

Cubierta

Enfermedades que cambiaron la historia

Prólogo

La neumonía que engañó a los nazis

La muerte súbita que salvó atenas de la destrucción

El jorobado que provocó la derrota de las termópilas

Una bacteria y el fin de la hegemonía de atenas

La pancreatitis que acabó con un imperio

Envenenamientos en los inicios del imperio romano

Angina de pecho en la roma antigua

La peste que puso fin a la pax romana

El plomo que diezmó una civilización

Por culpa de unas fiebres los chino no hablan ruso

La hemorragia que salvó a europa de los hunos

Las hemorroides y la derrota de Waterloo

La viruela en el nuevo mundo

La epilepsia que liberó a francia del yugo inglés

Alucinaciones en la corte inglesa

Las calenturas que restauraron la monarquía inglesa

Sífilis en la rusia zarista

La hemofilia que catapultó a rasputín

Un infarto cerebral dio paso a una dictadura totalitaria

Un reino bien vale una dieta

La peste negra de la edad media

El embarazo fantasma que frustró la unión de dos imperios

La depresión que cambió el mapa de europa

Dos guerras de sucesión provocadas por envenenamiento

Viagra en la españa del siglo XVI

La locura del rey inglés

El médico que modernizó Dinamarca

Guerras bacteriológicas contra los indios de norteamérica

Impotencia en la corte castellana

La dama española

La enajenación que acabó con un reino

El mal de los franceses

La peste de las naos

El hechizo genético de los austrias

Cuando david mató a un minusválido

Una tísica en la corte de Luis XV

Bibliografía

Sobre el autor

Notas

A mis padres, a los que debo todo lo que soy.

PRÓLOGO

La mejor señal de que un libro ha gustado es cuando el lector, nada más acabarlo, busca ávido el prólogo para ver si se ha perdido algo interesante.

«¿Qué piensa usted de un ministro que recibe a su soberana con zapatillas y en bata?», escribía avergonzado el ministro inglés Disraeli a *lady* Chesterfield. Este político de la época victoriana tuvo que acudir en más de una ocasión al Parlamento inglés con enormes dificultades respiratorias, a consecuencia de su asma, y en zapatillas, debido a la gota que padecía. Y es que las enfermedades no discriminan, no entienden de inteligencia, ni de talento ni de posición social.

El libro que tiene entre sus manos, querido lector, no es una relación histórica exhaustiva ni una exposición profunda de la historia universal, no busque aquí un sesudo ensayo histórico-político ni un compendio de enfermedades a lo largo de la Historia. Tiene ante usted una obra que analiza los avatares que ha sufrido la humanidad a través de los siglos desde un prisma más humano, desde el lado de la enfermedad, entendida como algo inherente a la vida y que, en ocasiones, ha torcido los renglones de la Historia, propiciando que esta se escriba de forma diferente. Se trata de un relato amable, incisivo y, especialmente, curioso sobre los protagonistas de la Historia y sus enfermedades. Las páginas están sazonadas de anécdotas y cargadas de humanidad.

Los medios de comunicación nos tienen acostumbrados a que cuando un personaje famoso fallece se diga que lo hizo «tras una dolencia irreversible» o «tras una larga y penosa enfermedad», ambas expresiones son eufemismos con los que se intenta evitar que mentes indiscretas buceen en los acontecimientos que acabaron con su vida. En este libro se escarba en los síntomas y en los signos de los protagonistas, buscando la causa última que modificó el curso de la Historia.

Los médicos que en la actualidad cuidamos de nuestros pacientes contamos con poderosos medios que nos permiten, en la gran mayoría de los casos, perfilar un diagnóstico exacto. En algunos casos son heredados de nuestros colegas en el pasado, en otros son el resultado de los avances científicos de las últimas décadas. Así mismo, los avances terapéuticos han permitido no solo mejorar la calidad de vida de nuestros enfermos, sino también prolongar la esperanza de vida. ¡Qué no habrían dado la mayoría de los personajes de este libro por haber dispuesto de los tratamientos actuales! Alban Berg, el compositor austriaco, escribió desesperado en cierta ocasión a su mujer, Helen: «Me preguntas por mis medicinas, demasiadas para contártelo ahora, lactosa, codeína, sulfato sódico, una mezcla de morfina, mentol, aceite de parafina... A veces ni con toda la morfina del mundo me puedo dormir».

Un refrán español asegura que de médico, poeta y de loco, todos tenemos un poco. La verdad es que esta expresión tiene mucho de cierto, la proximidad a la enfermedad, el gusto por la palabra y un cierto grado de locura son tres características que van implícitas en la condición humana. En mi opinión, los médicos tenemos mucho de las tres.

En cierta ocasión el doctor Vallejo-Nágera escribió que los mejores libros son los que se escriben para uno mismo, afirmación que rubrico. Espero que esto no haya sido un obstáculo insalvable para que el lector curioso y exigente disfrute con el mismo placer que sentí yo al escribirlo.

LA NEUMONÍA QUE ENGAÑÓ A LOS NAZIS

La Segunda Guerra Mundial está repleta de nombres de operaciones secretas de uno y otro bando. Algunas de ellas han sido llevadas en multitud de ocasiones a la gran pantalla y ya forman parte del imaginario colectivo, como por ejemplo las operaciones Barbarroja, Overlord, Bagration, Valkiria o Husky. En otros casos su denominación pone de manifiesto la imaginación de su creador, como la Operación Canto del Pájaro, Flor de los Pantanos, Trampa del Salmón, Bobadas o Ratón Mickey. Una de ellas tiene además una historia y un nombre tan enigmáticos que merece la pena recordarla, y si a esto le añadimos que tuvo por escenario a nuestro país tiene todos los ingredientes de una gran película.

Pongámonos en situación. Nos encontramos en la primavera de 1943, está a punto de llevarse a cabo una de las acciones más espectaculares de la Segunda Guerra Mundial, el primer desembarco de las fuerzas aliadas en Europa. En enero se celebró la Conferencia de Casablanca, en la cual Dwight David, Ike, Eisenhower y Winston Churchill convinieron en la necesidad de realizar la invasión en julio de ese año. Sicilia se antojaba como un punto estratégico de primer orden, era el trampolín perfecto para penetrar en el continente, puesto que desde que el general alemán Erwin Rommel había sido derrotado en el Norte de África los aliados habían establecido numerosas bases de operaciones en esta región. Los alemanes eran conscientes de

que el paso de África a Italia sería inminente, y las dotaciones italianas y alemanas en Sicilia estaban en alerta permanente.

Por todo ello los aliados decidieron llevar a cabo previamente una maniobra de engaño, la Operación Mincemeat (Carne Picada), con la que pretendían convencer al alto mando alemán (OKW) de que el desembarco del grueso de la fuerza naval aliada se realizaría en Cerdeña y en las playas griegas de Kalamata, en vez de Sicilia.

Con la Operación Carne Picada había que proporcionar información falsa a los alemanes a través de un oficial que hubiese fallecido en combate. El capitán de corbeta Ewen Edward Samuel Montagu, de la Royal Navy, fue el elegido para coordinar la operación^[1]. La verdad es que su derroche de imaginación no pudo ser mayor, y Montagu no dudó en adornar la operación con todo lujo de detalles, como ahora veremos. En primer lugar empezó por crear la falsa identidad de un oficial británico, miembro del Cuartel General de Operaciones Combinadas, que supuestamente tenía que servir de enlace secreto entre el Estado Mayor inglés y el comandante de las fuerzas aliadas en el Norte de África, el general Alexander. A este correo le asignaron la identidad de «comandante William Martin», un nombre frecuente en la Marina Real.

En el maletín del comandante Martin introdujeron una misiva en la que, de forma expresa, se aludía a Cerdeña como punto del desembarco a realizar de forma inmediata. Para que la información cayera en manos enemigas el oficial debería ser víctima de un accidente aéreo sobre el mar, y el cadáver, junto con la información secreta, tendría que ser capturado por las tropas alemanas. Para aumentar la credibilidad del falso oficial, la Royal Navy inventó una extensa biografía: había nacido en Cardiff en 1907, estuvo destinado en el Cuartel de Operaciones Combinadas, tenía una novia llamada Pamela, que era funcionaria del MI5, y un número de cartilla de identidad (148228). El comandan-

te llevaría una serie de adminículos personales consigo: juego de llaves, fotos, cartas de amor, entradas de teatro, factura de un club londinense y hasta una airada carta del Lloyds Bank con un descubierto de más de 17 libras. Todo debía ser realmente convincente.

Para que la operación fuese perfecta tan solo faltaba un «pequeño detalle», encontrar a alguien que estuviera dispuesto a hacerse pasar por William Martin y, claro está, que se «dejase matar». Un asunto verdaderamente complicado; por eso Montagu pidió ayuda a la ciencia. Contactó con el prestigioso patólogo sir Bernard Spilsbury, y este a su vez con el doctor W. Bentley Purchase, jefe del Servicio Forense de Londres, al que pertenecía el Hospital Saint Prancrass. Los dos galenos necesitaban encontrar el cadáver de un hombre joven que hubiese fallecido a consecuencia de una neumonía y que además tuviese un derrame pleural asociado, de tal forma que si los alemanes le hacían la autopsia, al encontrar líquido en sus pulmones pudiesen llegar a la conclusión de que había fallecido por ahogamiento tras caer al mar. No se tardó en localizar el cuerpo sin vida de un joven de treinta y cuatro años cuyo óbito se debió a una neumonía tras inhalar de forma accidental un raticida. Además el finado tenía derrame pleural asociado a la infección respiratoria.

Tras conseguir la autorización de la familia, el cadáver fue vestido con el uniforme de los Royal Marines (fuerzas anfibas británicas), introducido en un contenedor estanco y sellado para conservarlo en hielo seco. A continuación fue trasladado a Holy Loch (Escocia), donde se embarcó en un submarino británico HMS Seraph. El 19 de abril de 1943 el submarino se hizo a la mar rumbo a la isla de Malta. Acababa de iniciarse la Operación Carne Picada.

El siguiente problema de la inteligencia británica consistía en elegir el lugar más idóneo para abandonar el cadáver. Tras muchas deliberaciones se optó por depositarlo en aguas españolas. A pesar de que España era un país neu-

tral, por todos era sabido que Franco simpatizaba con las potencias del Eje y que muy probablemente, como así sucedió, las autoridades de nuestro país no pondrían mucho reparo en traspasar la información del maletín al alto mando alemán. Como en aquel momento los vuelos entre Inglaterra y el Norte de África eran bastante frecuentes, sobre todo entre oficiales británicos que actuaban como correo de enlace, el elegido era un lugar idóneo que no levantaría ningún tipo de sospechas.

El submarino navegó hasta una posición situada a una milla al sur de Huelva y allí, a las 4.30 horas del 30 de abril, se colocó un chaleco salvavidas al supuesto comandante Martín, le esposaron el maletín con los documentos a una de sus muñecas y lo lanzaron al agua. Dejaron con él un bote salvavidas de las Fuerzas Aéreas británicas para dar la impresión de que se había producido un accidente de aviación. Ahora tan solo había que cruzar los dedos y esperar. La elección de la costa onubense tampoco fue casual, pues en esta provincia andaluza estaba el espía alemán con más fama y credibilidad del sur de Europa, Adolf Clauss.

El cuerpo fue descubierto tres horas después por José Antonio Rey María, un pescador de Punta Umbría, en la playa de El Portal, junto con los restos de una balsa neumática de la Royal Air Force (RAF). Tras sobreponerse al susto inicial, lo recogió, lo llevó a puerto e informó a las autoridades competentes. Como era de esperar se realizó la autopsia, que corrió a cargo del forense Eduardo del Torno, quien concluyó que el militar británico había fallecido ahogado y que el cuerpo debía de llevar en el agua entre tres y cinco días. Dado que el Estrecho de Gibraltar era un lugar de paso de la aviación aliada, muy probablemente su avión habría sido derribado y habría fallecido al caer al mar. A pesar de todo, el forense citó en su informe que el cadáver carecía de las típicas lesiones por mordedura de pez, lo cual le llamaba poderosamente la atención. Esta observación estuvo a punto de dar al traste con la Operación Carne

Picada. Al parecer cuando Montagu se entrevistó con el doctor Bernard Spilsbury pensó en la posibilidad de que los españoles se dieran cuenta del engaño si realizaban un estudio exhaustivo, ya que la causa de la muerte de Martin había sido una neumonía. El petulante Spilsbury le respondió sin pestañear: «No tiene nada que temer de una autopsia española; detectar que este joven no ha muerto después de un accidente aéreo en el mar requeriría de un patólogo de mi experiencia y no existe ninguno en España». ¡Sin palabras!

El comandante Martin llevaba en el cuello una cadena con una cruz de plata y placas de identificación: «Mayor Martin, RM, R/C», lo cual significaba «Royal Marine, Roman Catholic». Con esto se garantizaba que fuese enterrado en un cementerio católico^[2]. El cadáver fue entregado al vicecónsul británico, F. K. Hazeldene, y enterrado con todos los honores militares en el cementerio de Huelva el día 4 de mayo. Al mes siguiente, el nombre del comandante Martin apareció en las listas de bajas británicas que publicaba regularmente *The Times*. Para dar mayor veracidad a los hechos también aparecieron en el periódico los nombres de dos oficiales británicos que viajaban a bordo de un avión derribado en las proximidades de la costa onubense. El 14 de mayo las autoridades españolas entregaron al agregado naval británico el maletín al que iba esposado el comandante fallecido, asegurando que estaba tal y como lo habían encontrado. Cuando la inteligencia británica recibió la información y comprobó que el maletín había sido abierto envió un mensaje en clave a Winston Churchill, que en aquel momento se encontraba en Estados Unidos, en el que se decía: «Se han tragado toda la carne picada».

Como habían supuesto los ingleses, los agentes de la Abwehr (espionaje alemán) local habían sido fielmente informados, se había procedido a la apertura del maletín y fotografiado su contenido. A continuación las imágenes habían sido enviadas de forma urgente a Berlín y evaluadas

por la inteligencia alemana. El alto mando alemán entendió que con aquella información el desembarco se iba a producir en el Peloponeso y Cerdeña, por lo que reforzaron inmediatamente sus tropas en las islas de Córcega y Cerdeña, y el mariscal Rommel se trasladó a Atenas. Esto permitió a los aliados desembarcar en el sur de Sicilia (Operación Husky)^[3] con una resistencia prácticamente nula. De esta forma la neumonía del comandante Martin ayudó a los aliados a ganar la Segunda Guerra Mundial^[4].

En este momento el comandante Martin sigue enterrado en el Cementerio de Nuestra Señora de la Soledad de Huelva^[5] y en 1996 el gobierno británico desclasificó algunos documentos relativos al suceso, gracias a los cuales se ha podido saber que Martin fue realmente un alcohólico galés llamado Glyndwr Michael. En reconocimiento a su papel, hace unos años se añadió su nombre al de «William Martin»:

William Martin. Nacido el 25 de marzo de 1907 y muerto el 24 de abril de 1943. Hijo adorado de John Glyndwr Martin y de la difunta Antonia Martin, de Cardiff, Gales. Dulce et decorum est pro patria mori. Requiescat in pace.

LA MUERTE SÚBITA QUE SALVÓ ATENAS DE LA DESTRUCCIÓN

En el museo de la ciudad de Olimpia se puede admirar un casco que perteneció a un mítico general ateniense. Su nombre era Milcíades el Joven (550-488 a. C.). En el año 490 a. C. tuvo lugar una batalla que recordarían los siglos venideros y que se repite hasta la saciedad en todos los libros de texto, la que enfrentó a las tropas persas y a las atenienses en la llanura de Maratón, en la costa este de la península griega de Ática, entre el mar Egeo y las montañas del Peloponeso. En aquel año diez mil atenienses lucharon sin cuartel contra más de veinte mil invasores, capitaneados por Mardonio. El enorme desequilibrio numérico presagiaba un terrible desenlace a favor del ejército persa, hasta el punto de que los ciudadanos de Atenas estaban dispuestos a prender fuego a su ciudad antes de permitir que cayese en manos del rey Darío.

¿Por qué lo atenienses no contaban con la ayuda de otras polis del Ática? Dos días antes de la contienda los atenienses habían enviado a Esparta un *hemeródromo*, es decir, un corredor, llamado Filípides, solicitando ayuda militar. Los hemeródromos eran individuos sanos, de una edad comprendida entre los dieciséis y dieciocho años, recién salidos de la pubertad, y que eran utilizados como mensajeros entre las polis griegas. Que nadie piense que corrían ligeritos de peso; todo lo contrario, llevaban arco, flechas, espadas y hondas.